

Aquel día de comienzos de verano no se aguantaba de calor. El día había comenzado fresco, pero rápidamente fue subiendo el mercurio hasta que el bochorno cubrió la ciudad entera como una espesa manta de lana zamorana. En San Sebastián no había forma de gozar de una auténtica jornada veraniega de principio a fin. Raro era el día en que, si la mañana había sido estupenda, no acabara lloviendo por la tarde. Y si la temperatura era asfixiante, la galerna no tardaría en entrar por el oeste. Avanzaba en cuestión de horas desde la zona de Avilés, en Asturias, y barría la costa cantábrica hasta Biarritz, desplomando las temperaturas. Eso estaba esperando Perales aquella tarde sofocante del mes de junio, a que llegase la galerna y los termómetros bajasen diez grados en unos veinte minutos. Solo entonces bajaría al bar Amazonas a tomarse un café con hielo, como solía hacer cada tarde. Con estos calores no le apetecía ni comer, la única comida que había ingerido en todo el día era un sándwich mixto.

Perales se hallaba en su modesta agencia de prensa, en el número 14 de la calle Prim. Ya había mandado un par de crónicas de sendas ruedas de prensa a las que había ido en el Centro de San Sebastián, y en principio pensó en tomarse el resto de la tarde libre. Con eso le bastaba. Le pagaban por crónicas publicadas, y con enviar un par de ellas al día ya tenía suficiente para cubrir sus gastos espartanos. Atrás habían quedado sus años de mayor actividad laboral, en los que llegaba a escribir ocho, o incluso diez crónicas diarias. Eran los tiempos dorados de Eusko Press, la agencia independiente que él mismo fundó junto a otros compañeros periodistas más veteranos que él. Aquella agencia logró hacerse un nombre en el panorama periodístico vasco, y raro era el medio que no

estaba suscrito a ella, siendo sus crónicas muy bien valoradas. La crearon cuatro periodistas de raza, desencantados con el trabajo en medios privados y llegaron a tener corresponsales externos en Vitoria, Bilbao, Pamplona y Bayona. Pero a medida que el núcleo fundacional de la agencia se fue jubilando, llegó un momento en que se plantearon echar el cierre y dedicarse cada cual a sus aficiones. Todos menos Perales, que al ser algo más joven que el resto y no tener familia, decidió seguir con la agencia, y se especializó sobre todo en temas relacionados con ETA. Todo el mundo en la profesión conocía y respetaba a Perales, entre otras cosas porque siempre se había sabido mover muy bien. Tenía infinidad de contactos dentro de la izquierda abertzale y sus fuentes solían ser siempre las mejores. Sus crónicas eran, en definitiva, de las más fiables que se podían encontrar en ese ámbito. El día que Perales decidiera retirarse, muchos en la profesión le iban a echar de menos. Especialmente los más mayores, quienes le tenían por un maestro del oficio y a quien pedían consejo cada vez que tenían alguna duda profesional.

Pero es cierto que su teléfono cada vez sonaba menos. Se podría decir que era un periodista de la vieja escuela y él mismo sabía que ya estaba más de salida que otra cosa. Y en eso mismo estaba pensando en aquella tarde sofocante. En la jubilación. En aquella tarde tórrida de principios de verano, con aquella brisa que comenzaba a golpear furibunda las copas de los árboles y el sol se escondía tras las nubes grises procedentes del mar, Perales comenzó a pensar en su jubilación. Al fin y al cabo, ya había cotizado los años suficientes como para que le quedara una pensión decente. O al menos lo suficientemente decente para su estilo de vida austero.

La galerna por fin llegó y Perales sintió una inmensa sensación de alivio porque tenía la tensión alta, por lo que agradeció de veras que la temperatura volviese a ser respirable. Cogió su sombrero y esperó al ascensor en el rellano del sexto piso en el que estaba su agencia, en la que además también vivía, pese a no disponer de cocina.

Perales salió a la calle. Al salir del portal, cuando ya había dado dos o tres pasos, le abordó por detrás la portera. Oiga, Perales, le gritó. Han venido unos chicos a entregarle un sobre.

Perales le contestó que lo metiera en su buzón, que para eso tenía uno, pero la portera le recriminó a su vez: Es un sobre grande y no entra bien en el buzón. Además, los chavales tenían mala pinta y he preferido preguntarles qué estaban haciendo aquí. ¿Mala pinta?, preguntó Perales mirando de arriba abajo a la portera, que era enjuta, llevaba el pelo corto teñido de morado y seis argollas de menor a mayor tamaño en sendas orejas. Sí, contestó la portera. Iban con camisa y zapatos, parecían de las nuevas generaciones esas. Perales volvió sobre sus pasos, recogió el sobre de mala gana, lanzando una especie de gruñido que quería decir gracias, pero antes añadió: Arantxa, la próxima vez que me traigan algo, no se moleste en recogerlo, que lo metan en el buzón directamente, y si no entra, que lo doblen y ya está.

Al llegar al Amazonas le atendió Manuel, su camarero de confianza, quien con solo verle llegar ya sabía de qué humor estaba Perales. Buenos días, Florencio, le espetó Manuel, vaya cara traemos hoy. ¿Le añado unas gotitas de Bayleis al café con hielo? Manuel era de los pocos que llamaban a Perales por su nombre de pila, y en efecto, a Perales le gustaba más que le llamase así; Perales. El encuentro con la portera, a la que solía intentar evitar siempre que podía, había irritado al periodista. Aún así, declinó la oferta del camarero.

Perales se tomó unos minutos de relax esperando que se derritieran un poco los hielos, mientras observaba pasar a la gente por la plaza Bilbao. Algunos venían de la playa, escaldados tras la inesperada galerna, y se dirigían a coger el tren a la cercana estación, al otro lado del puente de Santa Catalina. Se notaba en sus caras que la jornada playera no había acabado como ellos querían y eso le provocó una pequeña sonrisa de malicia. Que se fastidien, pensó. Luego miró a su derecha y reparó en los clientes de la librería Donosti, y se dejó refrescar por las chispitas de agua que escupía la gran fuente de la plaza Bilbao. Este era su mundo, y pocas veces se movía de ese radio de unos 500 metros a la redonda. Ahí se sentía seguro, en su entorno, y no necesitaba mucho más para ser feliz.

Tras apurar el café, Perales se acordó del sobre que le había entregado la cartera y que había depositado debajo del

ejemplar de *El País* que acababa de leer. Una de las noticias destacadas en portada era que el G-7 bendecía el euro, la moneda única que estaba por llegar en sustitución de la peseta.

¿Ha visto la noticia de la página 26?, le preguntó Manuel, han atacado con cócteles molotov la vivienda de un concejal de Izquierda Unida en Getxo. Aquí ya no se salva nadie, añadió el camarero, a sabiendas de que el periodista siempre había sido cercano a la socialdemocracia vasca y le consideraba de izquierdas como él. Perales hizo un gesto de asentimiento con la cabeza, apretó las mandíbulas, pero no dijo palabra alguna. Dejó *El País* y se acordó del sobre que le había entregado la portera. Lo abrió sin excesiva curiosidad y se encontró con un único folio que contenía un currículum. Fran M. Unzueta. Dejó el folio, que apenas tenía unas pocas líneas mecanografiadas, y dijo para sí: Francisco M. Unzueta, qué nombre más extraño, ¿la eme será de Manuel?, pensó, y de regreso a su estudio de la calle Prim decidió llamar al teléfono que aparecía en el documento. Esperó cuatro tonos y, cuando estaba a punto de cortar la llamada por si al quinto le salía el contestador y le cobraban innecesariamente, de repente, al otro lado oyó una voz que decía: ¿Diga? Oiga, dijo Perales, le llamo de Eusko Press. Y la voz dijo: ¿Sí? Verá, soy el señor Perales, director de la agencia, y la portera del edificio me ha dicho que vino con otros jóvenes a dejarme un sobre, pero como supuestamente no entraba en el buzón lo recogió ella, ¿es correcto? Al otro lado de la línea hubo un momento de silencio y después la voz dijo que él era Fran y que en realidad había acudido a dejar el currículum en compañía de su novia. Perales permaneció a su vez algunos segundos en silencio, porque le parecía extraño que la portera de su edificio pudiera ser tan mal pensada y eso le irritó.

Perales había recibido muchos currículums a lo largo de su vida y rara era la vez que se tomaba la molestia de contestar. La agencia ahora era él, y desde que se jubilaron sus compañeros no había necesitado nunca ningún colaborador. Además, no le hubiese gustado que la gente supiera que la sede de la agencia era únicamente un cuartucho que daba a un patio interior del modesto apartamento en el que vivía. Aun así, como se había tomado la molestia de telefonear a

un desconocido y sospechaba que su portera no habría sido precisamente el adalid de la cordialidad con él y con su novia, decidió darle una oportunidad. Le comunicó que la redacción de la agencia estaba completa y que no tenía necesidad de personal, sin embargo, tenía previsto tomarse unos días de vacaciones para arreglar unos asuntos y quizás podía darse el caso de que necesitase un colaborador externo que se ocupara de la agencia algunos días de verano. Fran farfulló enseguida que iría a la redacción aquel mismo día, dijo también que el trabajo le interesaba porque era exactamente lo que él necesitaba, una primera experiencia laboral en lo suyo para poder añadir algo en su currículum, más allá de algunos trabajillos de verano que había hecho buzoneando publicidad o descargando camiones días sueltos, cuando le llamaban de alguna ETT.

Así que Fran insistió en que le hacía verdadera falta trabajar ahora que había acabado la universidad y que nadie le contrataría si no tenía experiencia previa, pero Perales tuvo la precaución de decirle que en la redacción no, que por ahora era mejor que no, que, si acaso, podían encontrarse fuera, en la ciudad, y que era mejor que fijaran una cita. Le dijo eso porque no quería invitar a una persona desconocida a aquel triste cuartucho de la calle Prim. Y además no quería que un desconocido se diera cuenta de que la redacción de Eusko Press era solo él, Perales, un hombre que ya estaba más de salida que otra cosa y que llevaba tiempo pensando en la jubilación para abandonar definitivamente aquel cuchitril en el que se había pasado horas y horas dándole a la tecla.

Perales le preguntó si podían encontrarse en el centro, y Fran le contestó: Esta noche, en la plaza de la Constitución hay un baile popular con canciones y bailes, yo tengo que tocar el txistu con un grupo de *txistularis* en el que estoy metido y luego nos han reservado unas mesas al aire libre para tomar algo, ¿qué me dice?, ¿nos vemos allí? Perales dijo que sí, que se acercaría allí al anochecer, colgó el auricular, y pensó que, si el chaval tenía tablas y cuajaba, por fin iba a poder tomarse unos días de descanso tras muchos años sin vacaciones.

Era el lunes veintitrés de junio de mil novecientos noventa y siete y San Sebastián se iba liberando poco a poco de la galerna que la había cubierto de nubes.

© del texto: Ignacio Villameriel Arizmendi, 2024
© de esta edición: Milenio Publicaciones S L, 2024
Sant Salvador, 8 - 25005 Lleida (España)
www.edmilenio.com
editorial@edmilenio.com
Primera edición: septiembre de 2024
ISBN: 978-84-19884-69-5
DL: L 482-2024
Impreso en Arts Gràfiques Bobalà, SL
www.bobala.cat

Printed in Spain

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <www.cedro.org>) si necesita fotocopiar, escanear o hacer copias digitales de algún fragmento de esta obra.